

13. Dios nos ama indicándonos el camino

¿Por qué muchas de nuestras culpas o costumbres no se corrigen nunca, o quizá empeoran, incluso si las confesamos cada vez, o hablamos cada vez con quien nos guía? Quizá precisamente porque el problema sea solo “pagar la multa”, en lugar de volver a encontrar la dirección del camino y la ruta justa para progresar hasta la meta.

Cuando nos hemos confundido de camino, a veces el navegador electrónico, para volver a encontrar la ruta justa y directa, nos debe pedir volver atrás algunos kilómetros, porque hemos dejado detrás de nosotros el mejor acceso para la autopista. Entonces, se requiere humildad y paciencia para aceptar esta “regresión” aparente para poder después ir hacia adelante más seguros y rápidos.

Se puede pensar en este sentido en las diferentes medidas penitenciales que san Benito propone para los hermanos culpables, indisciplinados, rebeldes y, sobre todo, orgullosos. También la excomunión, el alejamiento temporal de las prácticas comunes de la comunidad, hemos de entenderlo justamente como una vuelta atrás en nuestros caminos autónomos, presuntuosos, que nos han alejado del camino de la vida, para retomar la inserción en el camino maestro de la comunidad que nos lleva al verdadero cumplimiento de nuestra vida y vocación. Cuando se ha equivocado la ruta, y nos encontramos en medio de caminos rurales llenos de baches, no sirve de nada ponernos a correr a 150 km por hora para recuperar el tiempo y el espacio perdidos. Se requiere la humildad de volver atrás, lentamente, atentos a las indicaciones de un guía, para volver a encontrar el punto del que nos hemos alejado de la ruta exacta.

También los superiores deben tener esta conciencia y esta paciencia. No sirve pretender que un hermano o una hermana “perdidos” den un salto o hagan un vuelo en línea recta del camino rural a la autopista. Cuando algunos superiores me dicen que tal monje o monja que estaba un poco fuera del camino, de un golpe está muy bien y hace todo bien como los demás, y no hay ya problemas... me lo creo poco. Ciertamente, la gracia de Dios puede hacer milagros, pero también Jesús tuvo con sus discípulos la paciencia de dejarles hacer un camino y les acompañó en él, respetando su libertad y el trabajo secreto y misterioso del Espíritu Santo, que sabe aprovechar incluso los errores o desviaciones para reconducir nuestras almas hacia la meta.

Siempre dentro del quinto grado de humildad, después de la cita del salmo 36 que nos aconseja revelar al Señor nuestros caminos para confiarnos a Él, san Benito añade otra cita de los salmos 105 o 117: “Confesaos al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia” (RB 7,46; Sal 105,1 e 117,1). Es el único lugar de este capítulo 7 de la humildad en el que san Benito utiliza la palabra “misericordia”. Esto quiere decir que cuando nos fiamos y confiamos nuestro camino, por bueno o extraviado que sea, es a la misericordia de Dios a la que lo confiamos, y es precisamente la misericordia de Dios la que nos pone en la ruta justa, la que va hacia el destino de la vida.

No existe misericordia más grand que la de ayudarnos a volver a encontrar la buena dirección del camino de la vida. Todavía en el capítulo 27, la oveja que el buen pastor busca y encuentra es la oveja perdida: “*ovem quae erraverat*” (RB 27,8). El término “error” viene precisamente de “errar”, que significa vagar, perder el camino.

El Señor nos ama indicándonos el camino, y si se nos debe corregir, no lo hace con un castigo, sino corrigiendo el camino que recorreremos, lo hace indicándonos el camino justo, conduciéndonos a él, acompañándonos en él.

Quién está perdido, quién vaga sin saber dónde va, o va hacia su ruina, ¿qué amor más grande puede experimentar si no es el de ser ayudado a orientarse, a encontrar el camino justo? Quien ha perdido el camino está solo, es infeliz, tiene miedo. No hay alegría más grande para él que la de ser alcanzado por alguien que le indique el camino, y, por lo tanto, lo libere de la soledad, de la tristeza y del miedo. Deberá quizá experimentar mucho cansancio para volver. Pero si sabe que cada uno de sus pasos sigue ahora la dirección justa, su cansancio ya no es triste, ya no es temeroso. Quien vuelve a casa es feliz de caminar, de correr, de fatigarse para alcanzar la meta.

Insisto sobre esto porque es un punto esencial en la Regla de san Benito. San Benito concibe claramente la Regla como una ayuda para escuchar y seguir las indicaciones de Dios, de Cristo, del Evangelio, para seguir el camino de la vida hasta alcanzar la vida eterna (cfr. RB Pról. 20; 72,12).

Es hermoso meditar sobre las diferentes calificaciones del “camino de la vida” (Pról. 20) que la Regla nos ofrece. Este es, como hemos visto, “camino de la tienda” de Dios, es decir, morada con Él, de la comunión con Él (Pról. 24); es “camino de la salvación” (Pról. 48); “camino de los mandamientos de Dios” (Pról. 49) y “camino de la obediencia” para ir hacia Dios (RB 71,2).

¡Qué rápidamente se convierte en positiva la idea de la obediencia, del mandamiento, cuando se comprende que se nos da acoger de esta manera el amor de un Dios-Pastor que reconduce nuestra vida en el camino de la plenitud, salvándonos de la soledad, de la tristeza y del miedo de quien se ha perdido!

El salmo 24, como tantos otros salmos, saca a la luz este aspecto de la misericordia de Dios. Por esto, el salmista implora ante todo: “Señor, enséñame tus caminos, instrúyeme en tus sendas: haz que camine con lealtad; enséñame, porque tú eres mi Dios y Salvador” (Sal 24,4-5). A continuación el salmista alaba al Señor precisamente porque indica el camino justo: “El Señor es bueno y es recto, y enseña el camino a los pecadores; hace caminar a los humildes con rectitud, enseña su camino a los humildes. Las sendas del Señor son misericordia y lealtad para los que guardan su alianza y sus mandatos” (Sal 24,8-10).

Esta conciencia de que el amor de Dios, y la salvación misericordiosa que viene de Él, se expresan sobre todo en el indicarnos el camino justo y en el guiarnos en él, es fundamental para entender y vivir con verdad y alegría nuestra relación con el Señor, para no reducirla a algo estático y estéril, sin vida.

Y de esta conciencia viene también nuestra madurez y fecundidad. Pienso en el salmo 50, el *Miserere* de David, que implora misericordia para su gran pecado con humildad y contrición, pero que también comprende que el fruto de la misericordia de Dios hacia él debe ser su misericordia hacia los demás, una misericordia que reproduce para los otros lo que hace el Señor con nosotros: indicarnos el camino que lleva a Él. En efecto, David promete: “Enseñaré a los errantes tus caminos, los pecadores volverán a ti” (Sal 50,15).

Es así como se llega a ser “misericordiosos como el Padre” (Lc 6,36): mostrando a los errantes y pecadores el camino por el que Dios nos ha llevado a Él.